raiso? ¿por unas manos que han dado libertad á los cautivos, salud á los enfermos y aun la vida misma á los muertos mas antiguos, corrompidos y hediondos? ¿*Quae est enim fortitudo mea vt sustineam*? [a] Padre santo; Dios de clemencia: acordaos señor que somos flacos y que no podremos sobrevivir á tan amargo dolor, porque ni nuestra resistencia es como la de las piedras, ni nuestro corazon tan duro como el bronce. [b] ¿No os apiadareis pues de estos clamores? ¿cerrareis vuestros ojos para no ver nuestras lágrimas? ¿seremos presa desgraciada de los enemigos? ¿sentiremos todo el peso de su infame tiranía?

Consolaos, señores, consolaos, y respirad un poco dilatando los senos de vuestro pecho angustiado; por-

a Iob VI. 11. b Ibid. 12.

que MARIA se presenta ya ante el trono del altísimo, y consigue por último el remedio de tan urgente necesidad. Es cierto que *accedens Abimelec iuxta turrim, pugnabat fortiter.* El miserable caudillo de la rebelion llega casi á las puertas de México, y alli hace todos los esfuerzos posibles con el fin de consumar la obra que trae meditada; pero hay una muger fuerte y animosa que le detiene el paso, enerva su fiereza, destruye sus conatos, y como si le hubiera estrellado en la cabeza la enorme piedra de un molino, lo imposibilita de alcanzar mas victorias. *Ecce vna mulier fragmen molae desuper iaciens, illisit capiti Abimelech, & confregit cerebrum eius.*

Yo no puedo menos que confesar aqui mi rudeza; pues ni tengo voces, ni hallo palabras que den á

entender como quisiera los vivos sentimientos de gratitud á tan insigne bienhechora que deben animar nuestros corazones, quando hoy, 30 de octubre, dia en que se ha cumplido el primer año despues de la memorable batalla de las Cruces, hemos venido á este magnífico templo á protestar á MARIA, con quantas lenguas pudieremos hablar, que ella fué nuestro escudo, nuestra defensa, nuestra libertadora, nuestra benigna y misericordiosísima madre en las circunstancias mas tristes que pudieron acaecernos en todo el año pasado de 1810. Sí, MARIA fué la que cegó los ojos de los innumerables bandidos que ansiando por las opulentas riquezas de México, se arrojaban precipitados sobre las pocas bayonetas que se les opusieron. MARIA fué la que extendió su manto sobre el pequeño exército,

si acaso pudo merecer este nombre el que defendia su causa, su honor, y su gloria tan vilipendiada de los sacrílegos facciosos. MARIA fué la que con el soplo de su boca varió la direccion de las balas, hondas y piedras que de otro modo hubieran acabado necesariamente con los nuestros. MARIA fué la que con una mano postraba heridos á los enemigos, y con la otra levantaba del polvo de la tierra héroes invencibles que los destruyesen y acabasen. MARIA fué la que ocupó la cumbre de los montes á cuya falda se situaron nuestros valientes soldados, para impedir el estrago que en ellos debia causar el vivo fuego que de alli se les hacia. MARIA fué por último la que no desdeñandose de tomar personalmente el cargo de un general de exército, inspiraba á los gefes, ayudaba á los su-

balernos, animaba á los que desfallecian, daba actividad á los perezosos, hacia impenetrables las colunas, dirigia los tiros, sostenia los fuegos, y ¿que se yo si hizo parecer á la vista del enemigo como un exército de cien mil hombres el que apenas contaria ochocientos? Por que *¿quomodo persequatur vnus mille, & duo fugent decem millia?* [a] preguntaré yo hoy, como Moyses en otro tiempo á sus israelitas: ¿como puede ser naturalmente que uno persiga á mil y que dos hagan huir á diez mil?

El número de los facciosos que se hallaron en la accion por el cálculo mas corto no es inferior al de ochenta mil, quando la division que les estorvó el paso solo tenia la fuerza de ochocientos. Un exceso tan

a Deut. XXXII. 30.

enorme, ¿quien no ve que al poder humano es un obstáculo insuperable? ¿No se ha juzgado siempre como un maravilloso prodigio el que Gedeon con trescientos soldados pusiese en fuga á ciento treinta y cinco mil madianitas; [a] que el invicto duque de Cantábria D. Pelayo con solos mil asturianos generosos diese la muerte á veinte mil sarracenos, y ahuyentase la multitud incalculable que ocupaba las montañas de Covadonga; que en la célebre jornada de Clavijo en la Rioja, siendo muy inferior en número el exército de Ramiro al del poderoso Abderramen su contrario, dexáse tendidos en el campo los cadáveres de sesenta mil moros; y que en la memorable de las Navas de Tolosa habiendose eclipsado doscientas mil lunas africanas, solo desapareciesen

a Iudic. VIII.

veinte y cinco hermosas estrellas del brillante cielo español? Y si estas acciones fueron tan admirables por el cortísimo número de los que vencieron, ¿que deberemos pensar de la nuestra, reflexîonando sobre las demas circunstancias que la acompañaron? Una batalla comenzada á las ocho de la mañana, empeñada con nueva fuerza por parte de los enemigos á las once de la misma, y sostenida con inaudito exemplo de valor por nuestros ochocientos héroes hasta las cinco y media de la tarde, siendo toda su duracion de nueve horas y media, entre montes coronados de gente, que arrojaba dardos, piedras y balas, mantenida por unos hombres débiles, fatigados con el cansancio de los dias anteriores, y que no podian tomar algun alimento para reparar las fuerzas, y ganada por quienes jamas

habian visto el horrible semblante de la guerra; ¿no es la prueba mas cierta de que MARIA asistió muy particularmente á los nuestros, que levantó sus fuertes brazos quando ellos los dexaban caer desfallecidos, que limpió sus preciosos sudores, que consoló sus espiritus generosos, que mantuvo sus nobles sentimientos, que les quitó el horror de la muerte que parece debian esperar, y que infundió en el corazon de los militares americanos la religiosidad de Jepté, la prudencia de Barac, la fuerza de Sanson, la actividad de David, y el entusiasmo heroico de los Macabeos? ¿Dudaremos un momento en afirmar que MARIA trasladó á los campos de México el zelo de Pelayo, la animosidad de los Alfonsos, la piedad de Ramiro, la sagacidad de Ordoño, el empeño de Fruela, la felicidad del santo D.

Fernando, la irresistible fuerza de Carlos V. y que hizo revivir la constancia y fidelidad del invicto Hernan Cortés? Yo señores asi lo creo, y siempre publicaré que el brazo del altísimo, importunado, si me puedo explicar de esta manera, de los ruegos é intercesion de nuestra benigna madre fué quien como añadia el mismo Moyses, humilló y confundió á nuestros enemigos, y no solo los desamparó quitandoles todo camino de consejo y de prudencia, sino que los vendió y entregó en nuestras manos, cerrandoles las puertas por donde pudieran buscar nuevo socorro: *Deus suus vendidit eos, et Dominus conclusit illos.*[a]

¿Visteis señores alguna vez en el medio de un campo desierto á una debil florecilla, que agitada por todas

a Deut. XXXII. 30.

partes de los vientos no puede conservarse recta mucho tiempo, é inclinandose con violencia ya al uno, y ya hacia al otro lado, está en el mayor riesgo de verse postrada á la fuerza de tan irresistible enemigo? ¿Observasteis como enmedio de un trabajo tan penoso, cargan sobre ella las rabiosas abispas, que habiendo solicitado en vano otras flores vienen quando el sol calienta con insufrible ardor; y la punzan, la chupan y maltratan, queriendo todas á porfia sacarle hasta la última miel: por lo que ella como abatida en tanto cúmulo de desgracias dexa caer sus bellas hojas, retira sus vivos colores, y quiere ya echarse entre la verde grama, que arrastrada por el suelo no se ve expuesta á tan fieros desastres? ¿Pero advertisteis tambien, que si apiadado el jardinero de la triste situacion en

que la mira, corre veloz hacia ella, espanta aquellos perniciosos insectos, la cubre de los ardores del sol, la cerca contra el ímpetu de los vientos y la humedece con el riego; ya hacia el caer de la tarde está aun mas erguida, agraciada y hermosa que lo que habia aparecido al salir de la mañana? Pues en ella teneis una imagen, aunque muy imperfecta, del beneficio dispensado por MARIA á la valiente tropa americana, quando cercada de un número crecido, rodeada de bocas que todas vomitaban estrago, muerte y desolacion, al pie de cerros casi inaccesibles, ocupados ya por los tigres y leopardos, en tanta duracion de tiempo que hubiera hecho desfallecer al corazon mas animoso, no acostumbrada al estruendo horrísono del cañon, y debil, fatigada y en estado mas bien de rendirse que

de vencer, ahuyentó de México al tirano Abimelec, quien confiado en su increible fuerza, y orgulloso con las precedentes victorias, desenvainó su espada, y se decia alla dentro de si mismo: „Perseguiré á todos mis hermanos los descendientes de Gedeon, los sorprenderé y cargaré de prisiones, les daré una cruel y terrible muerte, embriagaré mis saetas en la sangre de los buenos, robaré todos sus bienes y me apoderaré de los tesoros. Llegaré á coronarme por rey de mis paisanos: ellos se me presentarán temerosos, y no podran menos que doblar ante mi su rodilla: mi voluntad será executada con presteza en todo este vasto continente; al imperio de mi voz se estremecerá el orbe entero: *implebitur anima mea.*[a] ¡Que satisfaccion tan grande para mi

a Exod. XV. 9.

alma que hasta ahora no habia gozado de estos bienes, y ya entrevé la felicidad que la espera! Ea pues, sean todos sacrificados á mi furor; no quede uno de quantos puedan estorbar mi intento. Furias crueles del abismo, venid en mi ayuda, y llevad la desolacion y el terror hasta los fines de la tierra. Saciaos en la inocente sangre de los virtuosos: extended por las ciudades y los pueblos la viudez, y la horfandad, y aumentad vuestra alegria con las lágrimas, suspiros y lamentos del tierno infante, de la honesta doncella, y de la respetable matrona. Corred...." Pero no dixo mas; por que MARIA que parece se habia hecho sorda á nuestros clamores, ni queria oponer su fuerte brazo para contener el ímpetu del enemigo, ó bien por el agravio y sumo deshonor que experimentaba en

su imagen guadalupana, la que era llevada por todas partes como madrina y protectora de crímenes los mas enormes, ó importunada de los fervorosos suspiros de muchísimos justos que encierra México, adornada con todo el explendor de su gloria, vestida de oro y de carmin, colocada á sus pies la mudable luna, sirviendo uno de sus brazos de digno y magestuoso trono al rey inmortal de los siglos, y empuñando con la diestra una luciente espada, parte en el momento desde la humilde casa que sus hijos le fabricaron antiguamente en las lomas de los REMEDIOS hasta el centró de esta capital, deteniendose en el camino todo el tiempo necesario para humillar la altivez y arrogancia de los furiosos rebeldes.

Nó, no fueron las lágrimas, instancias y aun fuerza de los in-

dio, vecinos de Naucalpan, Tacuba y demas contornos los que detuvieron el paso á la madre de Dios desde su casa á la nuestra; ni la violencia con que separadas las mulas del coche en que era conducida esta imagen prodigiosa, tiraba la gente de el, unas veces para el santuario, y otras por el camino, empleando en esta contienda porfiada desde las doce del dia hasta las dos y media de la tarde, hora en que llegó á Tacuba; ni la prudencia del comisionado de este superior gobierno y la del juez de aquel territorio, quienes para sosegar esta especie de tumulto, hicieron descansase en el mismo pueblo, mientras que con razones eficaces lograban persuadir á los indios que no traian robado tan inestimable tesoro, sino que por el contrario le iban á poner á cubierto de qual-

quiera insulto de los facciosos; ni quantas dificultades invencibles al parecer se ofrecieron en lo restante del camino que á cada paso servian de la mayor afliccion á los sacerdotes sus conductores, y al caballero diputado para comision tan dificil; nada de todo esto, digo señores otra vez, fué el motivo de la dilacion en su llegada hasta el lugar en que hoy la veneramos. Ella, ella misma ha sido la que dispuso tantos inconvenientes para auxîliar, mientras sucedian, á nuestros hermanos que peleaban por su causa y por nuestra libertad. Ella la que os inspiró, SEÑOR EXMÔ. el que dictaseis la orden para su venida: ella la que volvia y revolvia innumerables veces, como si puesta ya en camino hacia México deliberase en lo corto de su espacio ya el visitar y ya el no visitar á sus angustiados hijos: ella la

que, ignorandolo nosotros, y aun pareciendonos que no atendia á las voces con que desde aqui invocabamos su clemencia, dirigia la batalla, daba esfuerzo á los soldados y confundia al enemigo: ella.... Pero yo jamas acabaria, si tomase el empeño de decir quanto esta madre de misericordia hizo por nuestra felicidad en el memorable dia 30 de octubre del año pasado de 1810.

No creo señores que haya alguno entre vosotros que dude á quien se ha de atribuir esta victoria; pues si á las ocho de la mañana comenzó la terrible accion de las Cruces por parte de los enemigos, á las siete de ella se comunicó la orden para la venida de esa imagen: si á las once se dexaron ver aquellos en coluna de ataque, y á su cabeza quatro piezas de artilleria con las compañias de Zelaya, provinciales de Valladolid, batallon de Guanaxuato y dragones de Paztquaro, reyna y príncipe,[a] á esa misma hora llegó el caballero regidor decano al santuario de los REMEDIOS, y puso en execucion la citada superior orden: si á las cinco y media de la tarde, despues de un combate el mas obstinado y sangriento tuvo nuestro pequeño exército que retirarse por las circunstancias tristísimas en que se hallaba;[b] tambien á las cinco y media entró MARIA por las calles de México entre los vivas y clamaciones de sus consternados hijos, que embargados por una alegria repentina no acertaban á mas, que á articular voces sin sentido, y bañar el suelo con lágrimas de un puro é increible gozo. Y ¿qual fué el éxito de esta llegada?

a. Gazeta extraordinaria del gobierno de México del jueves 8 de noviembre de 1810. núm. 130. b. Alli mismo.

Bien lo sabeis: que Hidalgo, ignorandose hasta hoy la causa, mandó tocar á esa hora la retirada: y el que antes habia dominado tiranamente en una gran parte de la América, ni habia encontrado quien desbaratara sus fuerzas, no contuvo su fuga hasta los campos de Aculco, donde fué despues de pocos dias humillado y vencido: luego se vió arrojado de Valladolid, Guanaxuato, S. Miguel, Zelaya, Potosí, Guadalaxara y Zacatecas, y aprehendida ultimamente su persona y las de los principales de su exército, pagaron ya con la vida los desastres y calamidades que traxeron sobre la nueva España.

¡Que triunfo señores tan glorioso este, que la madre de Dios consiguió de nuestros fieros enemigos! ¡Y que felicidad tan completa la que ella nos ha traido, ahuyentando de Méxi-

co para siempre al caudillo de una rebelion que nos hubiera ocasionado los mas funestos estragos! Este infeliz hombre despues de haber executado en otras partes males sin número y sin tamaño, á imitacion del tirano Abimelec se atrevió á acercarse á nuestras mismas puertas, pretendiendo envolvernos en la comun desgracia; pero MARIA, LA BENIGNA Y CLEMENTÍSIMA MARIA, que por medio de esa imagen prodigiosa nos habia favorecido en todas las calamidades, se dignó tambien preservarnos de esta, confundiendo al enemigo; y como si le hubiera deshecho la cabeza con un peso enorme, asi le venció y entregó en nuestras manos para que cesase en sus iniquos proyectos. *Ecce vna mulier fragmen molae desuper iaciens illisit capiti Abimelech, & confregit cerebrum eius.*

¿Y que mal podrá sobrevenirnos despues de una victoria tan señalada, alcanzada por el brazo fuerte de esta muger animosa que destruyó las fuerzas de nuestro terrible contrario? Si temiamos la desolacion de nuestra hermosa y opulenta ciudad; MARIA nos la impidió. Si eramos amenazados con un duro é insufrible cautiverio; MARIA nos libertó. Si venian sobre nosotros el hierro, la miseria y el hambre; MARIA los ahuyentó. Si la barbarie y crueldad mas inhumana querian establecer en México su infame trono; MARIA lo derrocó. Si la muerte precedida de tormentos horrorosos é inauditos anhelaba por acabar nuestras vidas; MARIA nos la apartó. Si la integridad de las vírgenes, si el decoro de las matronas, si el respeto de las personas sagradas estaban destinados á perecer con ignominia entre las garras de esas

fieras; MARIA los conservó. Si disfrutamos de la paz, si tenemos sosiego en nuestras casas, si gozan de libertad las familias, si retirado ya muy lejos de nuestros confines al espantoso ruido de las armas, podemos con seguridad derramar hoy nuestro corazon en la presencia del altísimo, y ofrecerle el debido sacrificio de nuestra alabanza; MARIA ha sido quien todo lo causó. Ella hizo que se guardase el orden, se afirmase la tranquilidad, se asegurase la quietud, se conservase la justa dominacion, y quedara ilesa la legítima autoridad. Ella rechazó el furor del tirano, desterró la infelicidad, impidió un injusto saqueo, defendió nuestras vidas, y nos preservó de la ferocidad mas inhumana. Ella por último ha sido la que patrocinó nuestra causa, miró por la honestidad, volvió por el honor de la

1020002368

fe, mantuvo nuestra antigua y sagrada creencia, y cerró el abismo de desgracias en que ibamos á caer por la opresion de un hombre miserable, que no consultando mas que á los gritos de una pasion desenfrenada, queria confundirlo todo, y hacernos experimentar los terribles efectos de su furor ciego y de su manifiesta irreligion.

¿Que debemos pues hacer nosotros para agradecer tan singulares favores? Si las palabras solas fueran la debida señal de nuestro reconocimiento, ninguno habria que dexara de mostrarse obligado á tantos beneficios. Pero la mayor desgracia es que publicando en todas partes que somos deudores á MARIA de quanto hoy somos y poseemos, nuestras obras dicen lo contrario, y con ellas causamos un sumo deshonor á la misma

que tanto bendecimos con los labios. ¿Hasta quando señores, hasta quando será tiempo de que acreditemos con acciones virtuosas que somos los hijos preferidos en el cariño y material afecto de MARIA? Esta madre de misericordia nos ha distinguido sobre quanto podiamos desear, se dexó vencer de nuestras súplicas, y volvió hacia nosotros sus benignos y amorosísimos ojos. Y ¿qual ha sido despues nuestra correspondencia? Aumentar el número de nuestros pecados, continuar en el escándalo, en la disolucion y en el libertinage, hacernos sordos á las voces con que el señor ha querido despertarnos de tan funesto letargo, y aun hoy venir tal vez á este suntuoso templo con unos fines muy criminales y opuestos á la santidad y pureza del Dios que está allí escondido. Y ¿no es cierto esto? ¿Y

asi queremos que el señor nos conceda victorias, porque su santa y digna madre es tambien madre nuestra? ¿Con que será posible que habiendose esmerado tanto esta abogada de los pecadores en impedir los gravísimos males que nos amenazaban, no acabemos de salir del profundo abismo de culpas en que nos hallamos sumergidos, y que han sido la causa única del azote cruel con que han sido castigadas las provincias de este hermoso reyno? ¿Con que no acabaremos de entender que si abusando ahora de la paz y prosperidad que MARIA nos ha conseguido, no ponemos remedio á nuestras perversas inclinaciones, y seguimos los espaciosos y alegres caminos del pecado, del placer y del deleyte; permitirá el señor que venga sobre nosotros un horroroso cúmulo de desgracias, aun mayo-

res que las que ya estabamos próximos á sufrir? ¿Con que si ahora bebiendonos como agua las iniquidades, seguimos aumentando la malicia y el número de los escándalos, y precipitando á nuestros próximos en un abismo de culpas, no temeremos justamente que Dios cansado ya de sufrirnos despues de tantos avisos paternales, nos quite por último el inestimable don de la fe, como que cada dia nos hacemos mas indignos de el, y lo conceda á otras gentes que consigan sus preciosos frutos? [a] Y ¿que será entonces de nosotros? Ya ni reconoceremos á un Dios verdadero, ni confesaremos su inefable providencia, ni ocurriremos á su infinita bondad, ni invocaremos su gran misericordia, ni acudiremos á un redentor amoroso

a *Dico vobis, quia auferetur a vobis regnum Dei, & dabitur genti facienti fructus eius.* Matth. XXI. 43.